

RECUERDOS DE LA RÍA

Pedro Jiménez Sánchez

Image not found.

Capítulo 1

Recordaba cómo, cuando era pequeño, mi padre me llevaba a pescar a la ría y allí me mostró las cosas más importantes que había aprendido a lo largo de toda mi vida. El viejo me enseñó cómo se trata a un libro, a una mujer, a un anciano, a las plantas y las flores, y a los animales. “¿Por qué pescamos, entonces?”, recuerdo que le pregunté en una ocasión. “Es mi único pecado, hijo, perdónamelo”, me respondió.

Lo que más me gustaba era cuando, a la caída de la tarde, solía venir una brisa fresca que nos despertaba del letargo de tantas horas sentados, y mi padre me decía que debía aprender a escuchar y oler el viento, que nos traía aromas de otros lugares y, en ellos, nos acercaba las vidas de mucha gente que disfrutaba y sufría como nosotros. A veces, el oído y el olfato llegan mucho más lejos que la vista, me decía.

El viejo me dejó una tarde de septiembre: cáncer de páncreas. No lloré delante de él: no podía permitir que sus últimos instantes fuesen tristes. Tiempo tendría después de perfumar el aire con mi llanto. Tal vez le llegase a otras personas que estuviesen en otras latitudes, y que pudieran entender mi dolor y el vacío insondable que me dejó mi único maestro.

Ahora, quince años después de quedarme huérfano, llevo a mi hijo a pescar exactamente al mismo sitio al que yo iba con su edad. En la ría veo reflejado mi rostro de niño mientras le traspaso a mi hijo las enseñanzas de su abuelo: cómo escuchar a los demás y cómo tratarlos, cómo dar la vida poco a poco por amor, y cómo desgastarnos en la lucha por un mundo más justo.

A la caída de la tarde nos callamos para escuchar la voz del viento y oler sus historias. Mi hijo no lo sabe y yo no se lo digo por no echarme a llorar, pero la brisa huele a mi padre. Todos los días trae el mismo olor.